



Lloro dentro del agua. No puedo sentir mis lágrimas. Eric tiene razón. No me he ganado ni el llanto. ¿O es que el agua de la bañera lo está borrando?

Me levanto. Me miro en el espejo que cuelga sobre el lavabo. El colgante me parece ahora un ancla sobre mi cuello. No es algo a lo que agarrarse. Quizás sea mejor quitármelo para no perderlo. Ni siquiera tiene cierre de seguridad. Pienso en una frase más para escribir en mi libreta: “El temor a perder es mayor que el goce de poseer”. Creo que lo apuntaré en cuanto salga. Aunque no sé para qué apunto estas cosas. Cada vez que termino una libreta la tiro a la basura.

A lo mejor, después de todo, sí que atesoro algún bien. Así ha de ser teniendo en cuenta que estoy cagada de miedo. Y es imprescindible tener algo para tener miedo de perderlo. O puede que tema perder lo que ni siquiera tengo. ¿Dónde están ahora mi marido y mi hija? Quizás ningún bien sea ya suficiente.

—¿Dónde aprenden las mujeres a mirar así? Mira esa. No me gusta nada su nariz, ni esas cejas. Son tan finas que parecen pintadas. Pero tiene esa piel, como una escultura. Como si estuviera atrapada en el tiempo. No es porque la foto sea en blanco y negro, que ya supongo que estará muerta. Es que tienen algo distinto estas tías.

—Es Joan Benett—responde mi padre.

Este museo mola. No parece un museo. Estamos rodeados por pantallas de plasma gigantes, en un pasillo negro. En cada una se reproduce una mirada. Sólo primeros

